

¿MUCHOS BAUTIZADOS Y POCOS CRISTIANOS?

(FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR)

9 enero 2005

"En aquel tiempo, fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú vienes a mí? Jesús le contestó: Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere. Entonces, Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua, se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto." (Mt 3,13-17)

Nos quejamos con mucha frecuencia de que el Bautismo parece un sacramento "ineficaz". A pesar de que la casi totalidad de nuestros niños sean bautizados al poco tiempo de nacer. Y solemos decir aquello de que contamos con muchos bautizados y con muy pocos cristianos. Sin duda, es esta una de las experiencias más dolorosas pastoralmente hablando.

La realidad es que la mayor parte de los padres y padrinos no son cristianos practicantes, y, muchas veces, son totalmente extraños a lo esencial del compromiso eclesial, cuando no están también completamente apartados de la vivencia de la fe. En ese clima, ¿qué futuro podemos esperar para el Bautismo que masivamente administramos?

Como todo sacramento, también el Bautismo debe contar como elemento esencial con la fe. Por eso, cuando comienza a difundirse el cristianismo, el Bautismo se administra sólo a las personas adultas: aquellas que, después de haber recibido el anuncio del mensaje cristiano, libremente deciden aceptarlo en sus vidas. Sólo cuando el ambiente familiar es cristiano, se bautiza también a los niños que viven en él: con la certeza de que crecerán inmersos en un clima de respeto y aceptación de los valores evangélicos, vividos con interés por los mayores, hasta que los conozcan perfectamente y los hagan vida de su vida.

¿Son nuestras familias transmisoras de los valores evangélicos? ¿Debemos, entonces, seguir bautizando sabiendo que el sacramento está irremediablemente abocado al fracaso? ¿Qué tendríamos que hacer para autentificar y garantizar nuestras celebraciones?

Ser bautizado es incorporarse a la Vida de Dios, en Cristo, por la fuerza del Espíritu. Nos hacemos hijos de Dios. Y, si hijos, hermanos de todos los bautizados; es decir, pasamos a formar parte de la gran familia de los hijos de Dios, que se llama Iglesia.

De ahí deriva el compromiso de vida según el Evangelio, junto con todos nuestros hermanos. Porque nos incorporamos al misterio pascual (muerte y resurrección) de Cristo, esa dinámica de vida y muerte deberá acompañar siempre al bautizado. Por eso, procurará continuamente vivir según Dios, alejándose continuamente del pecado. Este es el efecto primero del Bautismo: nos une a Cristo, y, con Él, a la

vida de Dios. La santidad aparece inexcusablemente en el horizonte de la vida del bautizado.

Nos incorporamos también al pueblo de los bautizados, la Iglesia. Lo comunitario será igualmente imprescindible para el bautizado. Este participa de la vida y misión de la Iglesia. Para vivir en comunión. Y para vivir en misión. Estrechando lazos de fraternidad. Y contribuyendo a que el mensaje de Jesús llegue a todos, y penetre todos los ambientes.

En definitiva, el Bautismo es una vida que comienza. De él arranca todo un proyecto de vida, que, poco a poco, se deberá ir desarrollando con las peculiaridades propias de cada bautizado. El Bautismo es lo común, pero desde él, bien cuidado, crecerá la diversidad de compromisos y tareas que cada uno asumirá libre y responsablemente. Y uno, por bautizado, se hará cura. Y otro, también por bautizado, se casará. Y, otro, se irá a misiones. Y otro, elegirá este trabajo y no aquel... Todos, tratando de vivir como hijos de Dios (santificándonos en medio de las circunstancias concretas de nuestra propia vida), a la vez que dando testimonio ante los demás, especialmente con nuestra entrega y servicio.

Ojalá y no nos quedemos tranquilos sólo con bautizar, sino que procuremos hacerlo lo mejor posible, superando en este sacramento un el gesto social, rutinario o supersticioso.

Miguel Esparza Fernández